



Figura 7. Primera página y grabado de *Historia de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México*, de Francisco de Florencia, impresa en 1688.

*El libro en México*. Exposición organizada por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México y la Embajada de los Estados Unidos Mexicanos en la República Federal Alemana. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones bibliográficas. México, 1970, p. 61.

Resulta de la mayor singularidad la ilustración de la contraportada del *Compendio del arte de la lengua mexicana*, de Horacio Carachi, de 1759, en el que se congregan, en un orbe ampliado y múltiple, los ángeles tutelares, frailes devotos, la magistratura eclesiástica y la terrena con las figuras indígenas, su flora y su fauna. Grabado de sincretismos, expresión de un

nuevo orden simbólico, que a la altura del siglo XVIII, asume con gracia y estilo la cosmovisión asentada en la transculturación, rasgo característico del barroco americano (figura 8).



Figura 8. Grabado de la contraportada del *Compendio del arte de la lengua mexicana* de Horacio Carachi, impreso en 1759.

*El libro en México*. Exposición organizada por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México y la Embajada de los Estados Unidos Mexicanos en la República Federal Alemana. Universidad Nacional Autónoma de México. Instituto de Investigaciones bibliográficas. México, 1970, p. 67.

Al concluir el siglo XVIII, respecto al grabado dos hechos marcan el tránsito de un siglo al otro: de un lado las imprentillas ilegales, con pobres recursos, difunden profusamente hojas impresas (muchas veces de contenido político) y ponen de moda las estampas populares e incursionan en la falsificación de billetes de lotería, documentos de embarques y hasta títulos nobiliarios. De otro, se crea en México la Real Academia de San Carlos, dedicada a formar profesionalmente a grabadores, pintores y escultores de Hispanoamérica. Se inaugura en 1784, nombrándose como director al profesor de grabado Jerónimo Antonio Gil.

Según el inventario de 1786, la Academia poseía «dos mil estampas de las llamadas de humo buril». Entre los estudiantes de la Academia, la mayoría de origen hispánico, destacaba José Mariano de Águila, de ascendencia indígena, discípulo de Gil, quien tiempo después marcó su presencia en Madrid. Otro mexicano fue José María Montes de Oca, quien destacó en el grabado en hueco y lámina.

Lima fue otra capital que recibió autorización de la Corona (1584) para establecer oficialmente una imprenta. En este caso el permiso se concedió a Antonio Ricardo, quien se había trasladado de México a esta ciudad en 1570. Diversos talleres se establecen en los siglos XVI y XVII, como los de Francisco Canto, Jerónimo de Contreras, las imprentas de Juli y el Cusco, entre otras. Fueron Ricardo (o alguno de sus operarios) los primeros grabadores de Perú en xilografía, pues de esa época data el retrato de Pedro de Oña, autor del *Arauco Domado*, 1596. Proliferan, como en México, escudos de armas, láminas evangelizadoras, gramáticas, retratos de santos y personajes. Canto tuvo la audacia de introducir en Lima lo que en ese momento era una innovación: imprimir portadas a dos tintas.

En Lima aparecen muchos grabados anónimos, uno de ellos del obispo Toribio Alfonso de Mogrovejo, primer santo peruano, 1595 (figura 9). Entre los firmados destacan los de Francisco Bejarano, fraile que ilustra, entre otros, el libro sobre las exequias de Margarita de Austria (1613). Al finalizar el siglo XVII se consideraba como el más importante burilista al fraile mercedario Pedro Nolasco, con una obra sostenida e iniciada en 1660. Otros nombres se incorporan a la lista de grabadores, enriqueciendo la escuela de Nolasco y Bejarano: los frailes Miguel Adame, Matías de Lisperguer, Antonio Contreras y Carlos de Zelaida, criollo peruano que hizo un escudo para el virrey Amat. Las relaciones de exequias vidas de santos, fueron ilustradas en esos años por los grabadores limeños hasta bien entrado el siglo XVIII, prolongando esta tradición en el XIX.

Guatemala (1660) fue otra ciudad privilegiada para el desarrollo del grabado. Se reconoce el primero en cobre en la portada de la *Historia de la provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala*, escrita por Fray